

en desempeñar tal comisión, se quedaba con los cuartos destinados al mozo, para gastárselos alegremente, en vez de decirme la verdad y evitarme aquel dispendio. Si esto no es robar... En aquel momento el convoy fúnebre paraba ante nosotros; me quité el sombrero y casi me arrodillé ante el cadáver de aquel hombre verdaderamente digno de admiración.

J. SÁNCHEZ GERONA.

EXAMENES DEL BACHILLERATO

La Gaceta publica hoy una real orden que dice así:

«Atendiendo á las razonadas instancias de buen número de alumnos del bachillerato general que actualmente cursan el quinto año de sus estudios, en solicitud de que se les admita á examen del sexto en septiembre próximo venidero, fundándose en la época en que los empezaron.

Considerando que en el curso de 1898-1899 en que éstos tuvieron comienzo, sentóse una dualidad de principios, en virtud de lo dispuesto en el art. 3.º de los transitorios del real decreto de 13 de septiembre de 1898, por virtud de la cual, y en el mismo curso, unos alumnos adquirieron el derecho de continuar y seguir el bachillerato en cinco años, y otros vinieron obligados á efectuarlo en seis; y teniendo en cuenta que los recurrentes dan una prueba de amor al estudio no pretendiendo ser exentos del correspondiente examen;

S. M. el Rey (q. D. g.), por este solo curso, y vistas las razones expuestas, ha tenido á bien conceder á los alumnos del quinto año del bachillerato general, que no fueron comprendidos en la excepción del art. 3.º de las transitorias del real decreto citado, y lo mismo oficiales que colegiados, matrícula extraordinaria y examen en septiembre próximo del sexto año del bachillerato general.»

AMORCITOS

Elegante, perfumada, satisfecha y sonriente, desafiando á la gente con impúdica mirada; como siempre encantadora y como nunca atrevida, con la falda recogida, con la gracia arrebatadora, con los ojos que se miran, bajabas la otra mañana por la calle Alcalá...

Al verte tan elegante, de tanta hermosura llena, fresca como una azucena, con el mirar incitante que la impureza declara, y luciendo, bajo el velo, los pedacitos de cielo que puso Dios en tu cara, ¡en piropos se deshizo nuestra juventud risueña desde el balcón de la Peña, y las ventanas del Suizo!

Yo te ví... te ví al pasar, pero la vista aparté porque sentí... no se qué, ¡y no te quise mirar!

Pero á tu amante del día puede que, aunque no quisieras, señalándome dijeras:

—Un chico que me quería!—

El te miraría á tí y, de ansias de amor en pos, tú á él, y luego... ¡los dos os burlaríais de mí!

«Un chico que te quería... Es cierto... Al fin, vida mía, del corazón me arranqué el amor que te tenía, y fui al cementerio un día, y abrí un hoyo... ¡y le enterré!

José Juan CADENAS.

TAMBIÉN REINO!

A tu madre le dije:—Por la niña muy pronto volveré...

Y orgullosa y brutal ha contestado:

—La crío para un rey.—

¡Cuán torpe que es la vieja! ¡Si mi cetro golpe como el sol! Coronan los humanos á sus reyes, á los poetas Dios.

CARLOS SAMUEL.

JOYAS LITERARIAS

EL BESO

Numerosas páginas de la historia están llenas de los efectos y consecuencias del beso.

Del beso de Judas al de Paolo y Francesca ó al de Fausto y Margarita, media la misma distancia que existe entre los polos extremos del diámetro del mundo moral, entre el amor y el odio.

El primero es el ósculo taimado del odio y de la traición que se concentra y oculta traicionadamente; el segundo es la inmensa dilatación de dos almas enamoradas que se encuentran en el paroxismo de su mutuo amor.

De igual modo que existen ósculos de paz, hay besos que piden ser lavados con sangre y aun algunos que han suscitado sangrientas guerras.

Por algo se dice, «un beso ó la muerte.» El beso lo expresa todo. Nada más adecuado para significar la explosión del sentimiento ó para indicar la ausencia completa de todo afecto, que el beso.

Como signo de un idioma universal, el beso puede expresar un alma de fuego ó un corazón de hielo. Basta para apreciarlo establecer la diferencia innegable entre dar y recibir, y recibir y no devolver besos. Según dice un escritor ingenioso, el beso no devuelto es una letra de cambio no aceptada.

Más laborintica aún es la distinción que se puede establecer en lo que toca á la manera de besar y á las múltiples clases de besos, que son el símbolo de la escala indefinida de los humanos afectos.

Se besan los pies de los ídolos, las reliquias, los vestidos de los héroes, los mármoles, los cadáveres. Hay besos de respeto, de veneración, de devoción supersticiosa, de admiración entusiasta, etc. Se besa por exigencias y cumplidos del trato social, y así como se estrechan manos que se desearía ver cortadas, se besan mejillas que se quisiera calcinar con el fuego de un odio concentrado. Besa la gratitud, besa el respeto, pide un beso la inocente y cándida frente del niño.

Pero el beso, que es beso, su mayor cantidad, la excelencia de él sólo por excelencia, el beso por amor, el que impresiona los labios hace plástica y canal la ilusión del deseo y se convierte al fuego de la pasión.

Pertenece el beso al lenguaje universal de la mímica, y ésta se compone de dos factores: el pensamiento y la emoción.

El predominio de la emoción, la exuberancia del sentimiento, el amor exaltado, es lo que dota al beso de la energía más expresiva. La gradación del beso llega á su último límite, al máximo de expresión, porque como dice nuestro Campoamor:

En la mejilla es bondad,

En los ojos ilusión,

En la frente majestad

Y entre los labios pasión.

Ritmo poeta-psicólogo, que se justifica por el gran poeta-psicólogo, que se justifica no sólo por la intención y manera de dar el beso, sino por el sitio en que se imprime. Ningún beso es tan expresivo como el dado en la boca, que, como decía Lavater, es elocuente, hasta en su silencio. Mientras el ojo es el centro mímico del pensamiento y su indeterminación se diluye en los limbos incoherentes de la ilusión, la boca es el centro expresivo del sentimiento y de la sensualidad. En los ojos el beso es ligero contacto, en la boca se convierte en encuentro fecundo de dos almas. El primer beso es eco que se pierde, el segundo es deseo que se agraba con caracteres indelebiles; aquél deja toda la libertad, que es inherente al pensamiento, en brisa que pasa, viento que refresca, y éste es producto de la fatalidad de la pasión, es huracán y fuego.

Ingeniosa y exacta es en este sentido la comparación que establece Mantegazza en su precioso libro *La Physiologie et les sentiments*. Compara, amigo lector, dice Mantegazza, las dos emociones distintas, que te despiertan una mujer de ojos bellísimos y otra con una admiración indefini-

da, despierta emociones agradables y respetos inevitables. El sentimiento no rebasa el límite de la ilusión, el verbo no se hace carne, podrá iniciarse el deseo, no surge la explosión de las pasiones. El incentivo queda en la penumbra.

Pero la mujer de boca hermosa excita el deseo y amor ardiente. La de bellos ojos enamora, nos entusiasma, nos exalta y nos lleva al éxtasis intelectual; pero aquella, cuya boca nos fascina, nos trae, es ya nuestra, al menos en el mundo irresponsable de los deseos. El ojo es el cielo azul, á donde nadie puede llegar; la boca es la tierra con sus perfumes, sus ardores y la profunda sensualidad de sus frutos. Es la salita del profeta árabe con su dulzura semi-divina y su venenosa amargura. Con el beso de la pasión se pasa el puente que une dos infinitos: la virginidad y la maternidad. ¡Hermoso es en verdad aquel simbolismo artístico y religioso que une, al menos en el mundo de la imaginación, ambos infinitos, creando el misterio de la Virgen-madre! De él es eco lejano el Eterno femenino de Goethe, que purga la pasión del fuego que la esteriliza, y fecunda el sentimiento con algo que ennoblece el alma y sublima el corazón. Esta es hoy la alta y sublime misión del arte, que aspira á ejercer la cura de almas, buscando quizá en el hervidero de la pasión el resoldo de la idealidad como sal regeneradora de nuestros afectos. ¡Quién sabe si el arte, que hoy se muestra ganoso de las desnudeces de Mesalina, pone su punto de mira en las estoicas enseñanzas de Juvenal! El beso impúdico, cuya riqueza de colorido esculpen Flaubert y Zola en madama Pováry y Nana no puede ser el máximo de expresión del amor humano.

Deja, pues, como cuestión puesta el arte moderno, la de averiguar si el fuego de la pasión produce sólo la escrescencia del vicio ó es susceptible de engendrar, con el contacto é indefinición de dos almas en el beso pasional, la recíproca fecundación del del amor y del bien.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

DEL TERMOMETRO

—Para mí no hay épocas, decíame un borracho, porque besa sólo cuando me da la gana y calor cuando quiero.

Y como yo le preguntara si era el Hacedor Supremo en figura de grotesco Baco, me contestó imperturbable:

—¡Cá! No, señor. Es que como no soy un primario ridículo, en Julio me abrigó con la zamarra de estrakan y en Enero ando en elástica por mi casa y aun por la calle y me río del calendario.

En realidad, el borracho—que murió de una pulmonía hace un mes—tenía razón. ¿Qué mejor termómetro para cada individuo que su propia temperatura? ¿Por qué han de utilizarse las pieles el 10 de Marzo porque todavía no ha entrado la primera y no han de vestirse las ropas de abrigo en Mayo aun cuando nieve, como ocurrió el año 1902?

No hay país en el mundo en el que con más fé y con mayor entusiasmo se canten las excelencias de la democracia y la necesidad imprescindible de que ésta rija siempre todos nuestros actos, y á pesar de todo esto somos esclavos, no de un gran tirano que admire por la grandeza de su pervasión, sino de una sencilla fecha de los caprichos del tiempo...

Ayer ví á muchos hombres ahogándose bajo las capas y sudando bajo los abrigos de recio enguete y á muchas señoras hervidas en su propio sudor, provocado por las pieles que iban luciendo con singular donaire...

Queremos mucha... mucha libertad y nos oponemos á concedérsela á nosotros mismos en los asuntos más triviales, en las cuestiones más pequeñas, en lo que depende exclusivamente de nuestra propia voluntad.

Yo no sé si consistirá esto en que somos esclavos por temperamento y por convicción, ó en que la costumbre nos transforma en figuras de movimiento, despojándonos de la voluntad propia. Lo que afirmo es que mientras no procedamos como el borracho de mi cuen-

to, que se roía á mandíbula batiente del rutinismo no conseguiremos colocarnos en el camino que guía á las ventajas indiscutibles que tienen las libertades dentro de la legalidad en los pueblos cultos honrados.

R. MESA DE LA PEÑA.

UN DESNUDO DE RUBENS

El loco había sacado la cabeza por entre los barrotes de la ventana y me llamaba suplicante.

—¡Caballero! ¡Si quisiera usted hacerme el favor de oírme unos momentos!... Dos palabras, sólo dos palabras. Tengo que revelarle á usted un secreto importantísimo. ¡Oígame usted, por Dios!

Y con acento misterioso, añadió en voz baja:

—Que no se entere nadie, que nadie escuche lo que voy á decirle. ¡Me va en ello la vida! Caballero, yo soy un miserable, un vil asesino!... ¡Yo he matado á mi mujer!

Y tapándose la cara con ambas manos como si se sintiera horrorizado de sí mismo:

—¡No merezco perdón de Dios ni de los hombres!

Instintivamente retrocedí unos pasos asustado.

—¡No, no se marche usted! Tengo que contarle toda la historia. Tengo que justificarme. ¡Le digo á usted que tengo que justificarme!

Hizo una pausa y después añadió:

—Pues verá usted. Yo estaba enamorado de mi mujer. ¿Cómo no sentir el amor ante tal maravilla de la Naturaleza? Yo soy pintor y he tratado muchas veces de copiar su hermosísima figura. Pero siempre el modelo resultaba superior al cuadro. No puedo tampoco describírsela con palabras, porque no las hay que den idea de lo que era aquel prodigio de encantos y de gracias. Era la mujer. Era la belleza.

Y nos casamos (¡qué dicha!) y nos casamos. Fuimos á pasar la luna de miel á una de mis posesiones, situada en un pueblecito inmediato á Toledo. Yo puedo asegurarle á usted que la felicidad no es una mentira. Yo he sido feliz; ¡como no lo ha sido nadie en el mundo! por espacio de dos meses seguidos, día por día. El hombre que ha poseído á la mujer de sus amores no tiene derecho á negar la felicidad.

Pero vino el invierno y con el invierno el frío, y decidimos abandonar el campo é ir á pasear nuestro idilio por la hermosa Italia, por el divino país del arte. ¡Nosotros creíamos que allí íbamos á querernos más, que allí íbamos á ser más dichosos todavía! y allí, en la poética Florencia, ocurrió nuestra desgracia.

Visitábamos el museo de Del Office. Ya le he dicho á usted que soy pintor, y, según la gente, pintor muy notable. Mi mujer sentía el arte tanto como yo y nos pasábamos las horas en la contemplación de los admirables lienzos que está lleno aquel museo.

Pues bien; una tarde entramos en una de las salas destinadas á Rubens. Imagínese usted mi sorpresa y mi espanto é indignación. Uno de aquellos lienzos representaba á una mujer desnuda. Y aquella mujer; ¡oh, no tengo duda alguna de ella, era una copia exacta de la mía.

¡Sí, aquella era su cara y aquel era su cuerpo. Era ella, toda entera! Sus ojos, su pelo, su baco, su nariz, su cuello su vientre, sus piernas, sus piececillos que yo había besado tanto.

Comprendió usted que tenía motivos para volverme loco. ¡Rubens había visto á mi mujer desnuda; otros ojos que no eran los míos, habían gozado de la contemplación de aquel cuerpo maravilloso! ¿Pero era esto posible? Mi cerebro no funcionaba bien y dejé de pensar. Después no sé lo que hice. Saqué el revólver y disparé primero so-